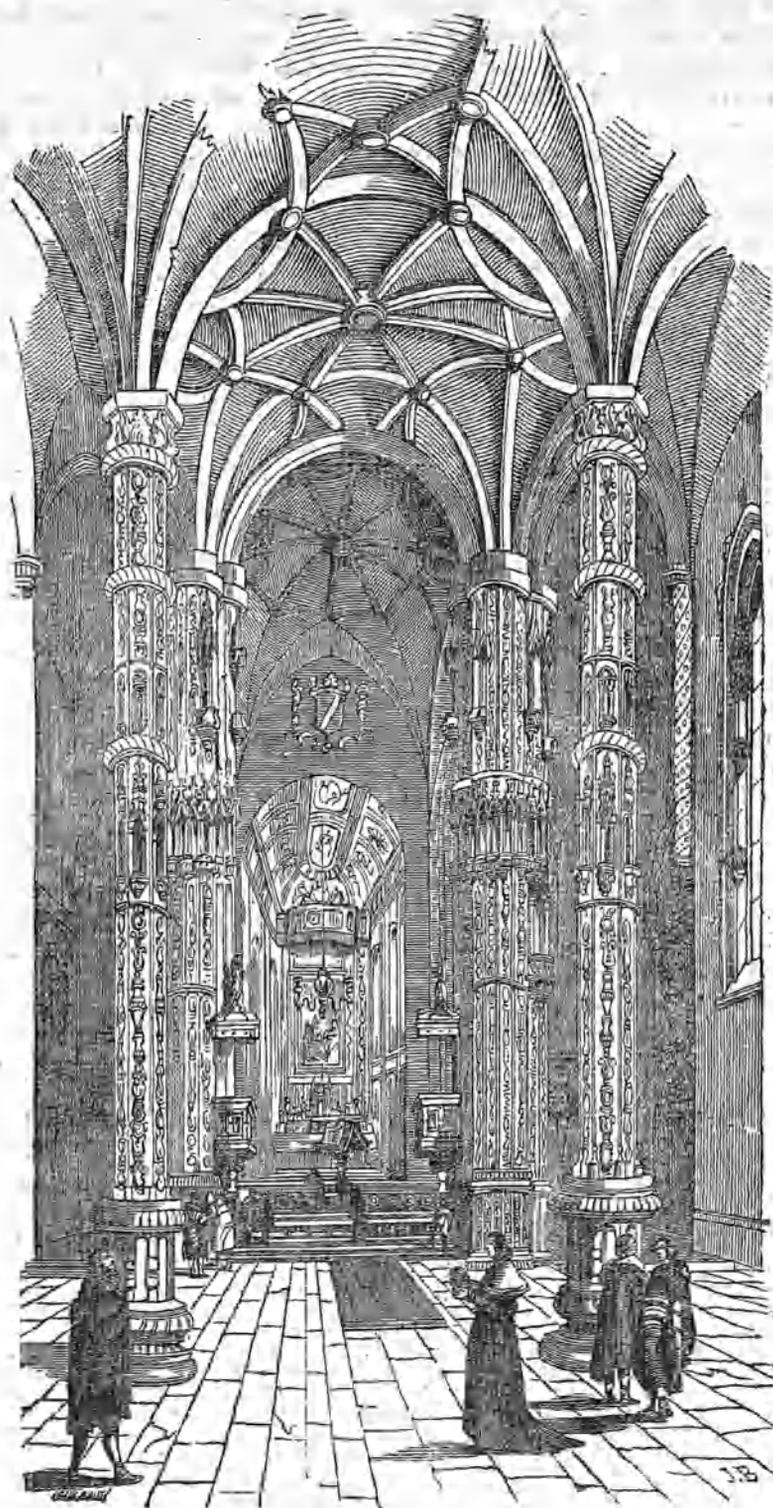


VIAJES.—PORTUGAL.



LA IGLESIA DE BELEM

EN EL MONASTERIO DEL MISMO NOMBRE.

Belem, ó *Belen* es el nombre de un arrabal de Lisboa, de un castillo y de un monasterio contruidos en él. El monasterio fué el primero, y ha dado el nombre á lo demas, habiendo sido fundado por el Rey don Manuel hácia fines del siglo XVI, dedicándolo á la Santísima

Segunda série.—Tomo I.

Virgen bajo la advocacion del sagrado lugar de *Belen*. El claustro y la iglesia del monasterio son dos monumentos verdaderamente regios por su fortaleza y elegante construcción. La iglesia cuya cúpula es en extremo osada y magestuosa, está abierta en forma de cruz latina

11 de agosto de 1859.

y revestida de ricos mármoles y jaspes, bellas estatuas y columnas bien agrupadas. Sobre todo luce la grande habilidad y gentileza de los artistas que la ejecutaron, en la admirable escultura de los seis pilares que sostienen la cúpula y en el adorno de la puerta exterior. El dibujo y grabado que va al frente de este artículo ejecutado y tomado del natural por el señor *Dauzats*, célebre viajero que también estuvo en Madrid, puede dar una idea aunque imperfecta, de la suntuosidad de esta magnífica iglesia.

Su fundador el Rey don Manuel le destinó para Mausoleo de la familia real de Portugal, y en su consecuencia fueron enterrados en ella el mismo fundador y su esposa doña María, su hijo don Juan III y su esposa doña Catalina, hermana de Carlos V, y otras muchas personas reales, todas colocadas en magníficos enterramientos de mármoles, y de primoroso trabajo.

El monasterio de Belen que así como el de san Lorenzo del Escorial, fué á un mismo tiempo Panteon regio y convento de la orden de san Gerónimo, es también grande y magnífico, y podía contener hasta doscientos monjes en celdas y habitaciones claras y espaciosas. La elegante arquitectura del edificio, la estension de sus huertas y jardines y sus deliciosas vistas le dan un aspecto de palacio real; y construido á la embocadura del Tajo, en medio del cual campea el fuerte de Belen, considerado como la ciudadela de Lisboa, ofrece al viajero á su llegada á aquella capital un punto de vista por extremo interesante y noble.

En estos últimos años, suprimidos también en aquel reino los institutos monásticos, fué destinado Belen por el emperador don Pedro para servir de asilo y colegio nacional en beneficio de los huérfanos de los militares muertos en campaña. Siquiera de este modo, además de llenar un objeto eminentemente útil, no perecerán sus esquisitos primores artísticos y las glorias que recuerdan, como acaso esté espuesta á parecer por desdenoso olvido la maravillosa fábrica de Juan de Herrera, el grandioso monumento de la victoria de san Quintín.

VIAGES.

LOS BAÑOS DE BAGNÈRES.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

También pertenece Bagnères á la poesía, tanto á la que simplemente medita, cuanto á la que maneja la pluma ó el pincel: porque allí corre el *Adour* sus aguas azuladas, los montes conternados graciosamente abren paso á valles deliciosos, como para invitar á la vida pastoral, presentando casi sin interrupcion á los bañadores perezosos, aldeas, conventos, ruinas de castillos, reñones y cabañas; y despues de haberlos atraído sin cansancio, vuelven á elevarse caprichosamente, se presentan sombríos y ásperos, y progresivamente los conducen á lo horrorosa ó lo sublime.

Mirada la poblacion desde *Monte Olivete*, á cuyas raíces se abriga contra las corrientes del aire del valle, tiene una tinte melancólica con sus casas blancas, sus tejados pardos, sus dinteles de mármol negro y su campo santo lleno de cruces funebres y de cipreses pequeños. Es muy triste el campo santo de Bagnères, porque su crecida yerba se dobla rara vez bajo las plantas de quien le visita desconsolado. Casi todos los epitafios señalan algun extranjero á quien ha sorprendido la muerte fuera de su patria, y acaso en brazos de un enfermero asalariado, cuando iba en busca de la salud. Parece que de aquellos sepulcros abandonados salen voces lastimosas, suplicando al viento que pasa que lleve sus cenizas al suelo natal, cerca del hogar querido, á la cerca de los muertos de la parroquia donde vivieron, y donde todavía se les lloraría.

El *Eliseo Cotin*, nombre que se ha dado al *Valle de Bedat*, en donde Madama Cotin escribió la *Matilde*, es muy visitado. Conviene este nombre á aquella quebrada llena de misterio, á la media luz que la ilumina formada por sus bordes escarpados, cubiertos de encinas, lejos de todo ruido humano y separado de la carretera. Allí es donde substrayéndose á una existencia afanosa, vivió Madama Cotin entregada á sus imaginaciones, consultando á su propio corazon para hallar en él algo de comun con los demas, y supliendo á la aridez de la realidad con las ilusiones de la imaginacion. Allí pasaba dias enteros sentada sobre la piedra inusgsa, ó paseándose á lo largo del arroyo por una sendilla abierta solamente para dos pies de mujer, oculta á todos, gozando de lo que Dios habia puesto en ella de tierra y bondadoso, y recogiendo las inspiraciones, que no se sienten en un lugar adonde todos llaman, y en el que se introducen los negocios importunos. No solia volver á Bagnères todas las tardes, sino que se recogia en una cabaña, é incorporada con la familia del pastor, conservaba sus impresiones entre aquellas gentes sencillas, así como se guarda la leche pura en una vasija de barro.

Esta linda villa edificada á la manera holandesa con calles anchas, derechas, y embellecidas con hermosos edificios, sostiene una poblacion de cerca de ocho mil almas, contándose además en la estacion de los baños de tres á cuatro mil forasteros, entre franceses y españoles. La comodidad y aun el lujo de las habitaciones, el esmerado servicio, y el agrado de los naturales que funda en ello su inmediata beneficencia, la modicidad de los precios y abundancia de los géneros de consumo, la rica variedad de los objetos naturales, montañas escarpadas, valles deliciosos, elegantes alamedas, y fecundos y saludables manantiales, todo parece haberse reunido para hacer mas interesante á Bagnères, hasta la situacion en el confin de dos reinos poderosos en el pais vascongado, depósito de las antiguas tradiciones y de los mas singulares usos y costumbres.

En esta mansion deliciosa y privilegiada de la naturaleza, embellecida á porfia por el arte y la civilization de la mas culta sociedad, es donde suela lamentarse por los españoles celosos que á ella concurren todos los años, el que poseyendo nuestro pais tan prodigiosa abundancia de manantiales de salud en sitios los mas pintorescos y amenos, no sepamos sacar de ellos las incalculables ventajas que brindan naturalmente.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

Aragon y los Aragoneses.

(Primer artículo) (1).

En pocos países se observa una contraposición de caracteres tan marcada como en el nuestro. España es un pueblo compuesto de varias provincias, cada una de las cuales se distingue de las otras por la índole peculiar de sus individuos, por su genio, condición, aficiones, en una palabra por el modo fijo, natural y constante con que se conducen según los casos y circunstancias. Nada más curioso que la observación de sus diversos usos y costumbres; nada más útil, á par que difícil, que apreciar en el justo valor que se merecen todas sus diferencias y contrastes. En otras naciones sucede con el carácter general del pueblo lo que con las variedades ó matices de un mismo color, pues si bien es verdad que entre los diversos individuos que le componen existen sus diferencias y sus grados de mayor ó menor proximidad, á lo que parece formar el tipo del carácter común, no por eso podremos decir que degeneren de ese mismo carácter, ni que deba contarse como escepcion de la regla general lo que solo es una modificación, ó una manera de conducirse más ó menos pronunciada. Pero en España no así: el carácter de los habitantes de ciertas provincias ofrece un grado tal de contraposición y de contraste respecto de los de otras, que más parecen individuos pertenecientes á diversos pueblos que miembros de una misma familia. Otro es el carácter del cántabro, otra la índole del aragonés, otro el genio del andaluz, otra la condición del catalán; y si para regir un pueblo es una necesidad indispensable tenerle conocido á fondo, creemos que en pocos países puede ser tan provechoso á los gobernantes y legisladores, como en el nuestro, el estudio de índoles tan diversas. Asombra el estado de desunión y discordia de las diferentes comarcas de España desde los tiempos más remotos. Desunidas estaban cuando los cartagineses emprendieron la conquista de la península, desunidas cuando los romanos hicieron suceder su yugando al yugo cartaginés, desunidas en tiempo de los godos, desunidas durante los ocho siglos de lucha emprendida contra los árabes. Solo á merced de esta falta de centralización pudieron realizar dichos pueblos la apetecida conquista; solo la diversidad de índole, condición y carácter pudo influir de un modo tan espantoso en la desunión de los españoles; pues si bien es verdad que las intrigas de los conquistadores debieran de ejercer, como es natural, un influjo notable en la discordia de los pueblos, no lo es menos en mi concepto que sus planes tuvieron por base las anomalías de que hacemos mención. En las naciones, lo mismo que en las familias, el peligro de desunirse está en razón directa de la oposición de genios.

Afortunadamente, á pesar de las antítesis que ofrece el nuestro, si las diferencias son generalmente tan chocantes como en los antiguos tiempos, ni deja de existir entre los españoles un principio de unidad superior á todas ellas. Uno debe ser su gobierno, una su autoridad

tutelar, una su constitución política, unas mismas las bases de su legislación, porque nuestra diversidad de caracteres, cualquiera que sea, no es capaz de destruir la memoria de las vicisitudes pasadas. Todas las provincias, cual más, cual menos, unas más temprano, otras más tarde, han sufrido lo mismo en las invasiones cartaginesas, romana, goda, árabe y napoleónica; todas han tenido los mismos enemigos; todas se han visto en la precisión de echar mano de los mismos medios para emanciparse de sus opresores; y esta identidad de suerte, vicisitudes y fortuna no puede menos de reconocerse como un conjunto de razones á cual más poderosa para que todos los españoles pertenezcamos á un mismo cuerpo político. España no se libertó del yugo de los árabes hasta que los reyes católicos consiguieron reunir bajo un mismo cetro á todas sus provincias: la patria hubiera perecido infaliblemente cuando Napoleón formó el proyecto de añadir la península á sus conquistas, si los españoles no se hubieran unido bajo una sola bandera para debelar al enemigo común. La naturaleza, al rodearnos por todas partes del mar y el pirineo, nos impuso del modo más enérgico la bienhechora ley de permanecer unidos: la desunión entre nosotros es, no solamente un atentado político, sino un insulto además á los designios de la naturaleza. ¡Execración eterna al que se complazca en fomentar nuestras divisiones! El grito de independencia en cualquiera de nuestras provincias sería el principio de otra nueva serie de calamidades, y su consecuencia inmediata la ruina de todas. ¡No basta que Portugal sea un reino aparte, y que Gibraltar pertenezca á la Inglaterra!

Entre todas las provincias de España, pocas hay, acaso ninguna, cuyo estudio pudiera dar resultados tan importantes como Aragon. Ora se atiende á su historia, ora á su antigua constitución política, ora á la índole de sus antiguos fueros, ora finalmente al carácter, usos y costumbres de sus habitantes, esta provincia ofrece siempre un cuadro tan singular y una originalidad tan marcada, que no solo puede reputarse como un tipo *suí generis* entre las demás comarcas de España, sino que puede decirse lo mismo respecto á todos los pueblos del mundo, sin que corramos el riesgo de ser justamente desmentidos. Nuestras provincias en la actualidad, cualquiera que sea la influencia que hayan ejercido sobre ellas los adelantos sociales y las oscilaciones políticas, siempre vienen á ser un reflejo más ó menos animado de lo que antiguamente fueron; y Aragon en nuestro concepto es una de las que más íntegramente conservan su antiguo carácter, y el temple de alma que es peculiar de sus hijos. Desaparecieron sus fueros, cayó su admirable institución del *justicia mayor*, no existe el asombroso régimen que la presidió en otro tiempo, pero quedan todavía las consecuencias de todas estas causas morales del desarrollo de su carácter, causas que si no nos equivocamos han influido en él tanto ó más que las físicas, como son el clima, los alimentos, la posición local y los cuadros que presenta la naturaleza. Por mucho que influyan en la índole de los pueblos estas últimas, la influencia de las morales parece todavía mayor; y bajo este concepto nos sería imposible explicar muchos de los rasgos característicos de los aragoneses, si prescindieramos de unos precedentes políticos tan íntimamente enlazados con su índole y condición actual, y que por más que hayan desaparecido, su fecha es demasiado reciente para que no se conserve todavía el sello que imprimieron en su carácter. Este es el que nosotros vamos á describir con toda la verdad y exactitud que nos sea posible, sirviendo dicha descripción como de preliminar á la serie de

(1) En otro artículo se dará el dibujo de los trajes de los Aragoneses.

artículos en que pensamos ocuparnos de Aragón y de los aragoneses, tarea que el ilustrado director del *Semanario* acaba de confiarnos y que aceptamos con tanto gusto como desconfianza, pues en medio de la complacencia que nos resulta al hablar de nuestro país, no deja de arredrarnos la mas que mediana dificultad de llenar dignamente tal cargo, siendo nuestras fuerzas tan débiles como el lector echará de ver.

Don Francisco Gregorio de Salas, bosquejó el carácter aragonés con tanta naturalidad y llaneza como falta de animación y poesía, en la siguiente décima.

«El aragonés osado
Todas las cosas emprende
Con teson, y las defiende
Con espíritu arrestado:
Testarudo y porfiado
A nadie cede su gloria,
Y para formar su historia
Jamás perdona fatiga;
Y aspira siempre á la intriga,
Al dominio y la memoria.»

Acordes con la verdad de este cuadro en general, no lo estamos respecto á la *intriga* que Salas nos atribuye, y por eso hemos copiado en bastardilla el penúltimo verso de la décima; pero de esto hablaremos despues.

Lo primero que llama la atención del que observa por primera vez á los aragoneses, es ese aspecto de austeridad y aun de fiereza, que forma, digámoslo así, la corteza exterior de su carácter.

No hay que buscar en ellos ni zalamería en la conversacion, ni delicadeza en las maneras, ni suavidad y dulzura en las costumbres: su exterior grave, y si se quiere, adusto y desabrido, anuncia desde luego un temple de alma particular á que nosotros, á falta de otro nombre, hemos dado el de austeridad y de fiereza; pero una fiereza que no está reunida con la dignidad, y una austeridad igualmente distante de la barbarie que del extremo refinamiento de las costumbres. El aragonés es un medio entre el hombre de la naturaleza y el hijo mimado de la cultura y civilización moderna.

Esa rigidez, esa austeridad y dureza de que hablamos, sube todavía de punto si se atiende á su conversacion y á sus hechos. Enemigos de la palabrería, acostumbra á hablar poco, pero cuando una vez sueltan la lengua, no se detienen en manifestar de pe á pa todo cuanto les ocurre, aunque sea á costa de ofender á la persona á quien se dirigen; ni dejan de decir lo que sienten con la mayor lisura y llaneza, y del modo mas esplicito y paladino, desechando toda especie de consideracion y de rebozo, cualquiera que sea el asunto de que se trate. La franqueza es uno de los rasgos mas característicos del pueblo aragonés: un deudor citado á juicio no niega la deuda que el acreedor le demanda, aun sin documento en que hacerla constar; dice que no ha podido pagarle, y á eso se reduce toda su contestacion: en los resentimientos particulares el que se cree ofendido tiene buen cuidado de anunciar al ofensor las terribles consecuencias de su enojo y la venganza que piensa tomar: esta nunca suele venirle de súbito, porque nadie vela su ira, ni trata de disimular su cólera. Esa franqueza es, como hemos dicho, trascendental á su conversacion: las palabras están en armonía con lo que interiormente sienten, y aun por eso se dice de los aragoneses que ni tienen pelos en la lengua, ni se detienen en decir un descaro al hijo del sol.

Acostumbrados los hombres á la adulacion y á la falacia, acaso darán á esta franqueza el nombre de grosería; no seremos nosotros los que la llamemos candor;

pero creemos que no merece otro título que el de una *enérgica llaneza*. Sea de esto lo que quiera, y ora se atribuya á virtud, ora á defecto, la franqueza de los aragoneses es un hecho indisputable. Allí se aborrece el disimulo por la falsedad y el artificio que lo son inherentes: la adulacion, la lisonja, los falsos miramientos, la circunspeccion artificiosa, no son fruta del país: si la educacion modifica en algunos la demasiada dureza que lleva consigo ese *explicitismo* de que hablamos, no por eso llega á ejercer tal influencia que le haga desaparecer.

La franqueza de los aragoneses, y su audacia para decir en buen romance cuanto les ocurre, data de un modo auténtico desde aquella célebre y sabida fórmula que tenia lugar en la coronacion de sus reyes: «Nos que valemos tanto como vos, y que juntos podemos mas que vos, os hacemos rey si nos gobernareis bien; si no, no.» Los electores se consideraban iguales á sus reyes cada uno de por sí, y superiores estando juntos ó colectivamente; y así como lo sentian se lo declaraban sin rodeos de ninguna especie: la condicion con que les reconocian por monarcas tampoco podia ser mas explicita, franca y paladina.

La dureza, rigidez é inflexibilidad de su carácter data poco mas ó menos desde la misma fecha, pues cuando los aragoneses hicieron jurar á Iñigo Arista los nuevos pactos con que le alzaron por rey en Arahuest, este se vió obligado á otorgar á sus vasallos el funestamente célebre privilegio de la union, concebido (como dice el diccionario geográfico histórico de la Academia de la historia) en términos tan bárbaros y deamedidos como eran estos: «que si él ó sus sucesores no guardaban los pactos convenidos con sus vasallos, pudieran estos privarle del trono, y elegirse otro rey, AUNQUE FUERA PAGANO.» Expresion por cierto, (continúa el diccionario), digna de aquellos hombres y de aquel siglo de hierro: expresion, añadimos nosotros, bien poco en armonía con el espíritu religioso y aun fanático de aquella época, y que basta por sí sola á manifestar del modo mas evidente el temple de alma de los hijos del país.

Estas consideraciones me hacen creer que Salas les atribuyó el carácter de *intrigante* con sobrada ligereza: la intriga es hija del disimulo y de la arteria, el resultado inmediato del refinamiento de las costumbres, la cualidad inseparable del que por no atreverse á mostrar la cara, se ve en precision de recurrir para sus planes á la astucia y al artificio. ¿Como atribuirle á unos hombres cuyas principales dotes son la verdad, la franqueza y el *explicitismo* en toda la estension de la palabra? Yo creo que es imposible la union de tan opuestas cualidades sin incurrir en un verdadero contrasentido, y por otra parte ignoro los hechos en que Salas pudo fundar su particular modo de ver en el asunto.

El valor, la audacia, el desprecio del peligro, la resolucion decidida para abrazar instintivamente un partido cualquiera, por espuesto que sea, sin consultar ni temer las consecuencias, son otros tantos hechos que por demasiado notorios sería inútil probarlos. El mundo admiró la expedicion de aquel puñado de hombres que hicieron tambalear el imperio de Oriente á principio del siglo catorce: la Europa contempló asombrada la resistencia de Zaragoza contra las huestes del guerrero mas diestro, mas audaz y mas afortunado que han conocido los siglos: presente está todavía, y lo estará por mucho tiempo, el memorable cinco de marzo de 1838. Aragoneses fueron los invasores, y aragoneses los que los rechazaron: tanto la invasion como la resistencia fueron *dos aragonesadas* á cual mayor, y cada una por su estilo.

Hemos dicho que la fiereza aragonesa no está reunida con la dignidad; y en prueba de ello podemos citar algunas escenas acaecidas con motivo del cange de los prisioneros hechos por una y otra parte el citado día cinco. Dignidad había también en el modo con que los ricos-hombres de este antiguo reino se despedían de su rey, cuando pretendían estar malamente agraviados del jefe del estado, y sus reclamaciones habían sido desatendidas. Dignidad existe en la conducta que los esposos observan con sus mujeres: el marido aragonés es generalmente poco afectuoso, pero trata á su compañera con miramiento; y siendo bastante general en otras provincias el bárbaro correctivo del palo, no solo es raro en Aragon ver un esposo golpear á su consorte, sino que si alguna vez sucede, un sentimiento general de indignacion brota del corazón de todos sus paisanos, los cuales se declaran sin titubear por la parte débil, y señalan con el dedo y con aire de desprecio al que se degrada hasta el punto de atascar á quien no puede resistir. Dignidad es en nuestro concepto hacer uso de la fuerza buscando al fuerte, y desdenándose de provocar al débil ó apocado.

No nos detendremos en la pintura de la *tozudez* ó testaronería que todo el mundo atribuye á los hijos de Aragon, porque sabido es que aragonés y tozudo vienen á ser voces sinónimas. Mejor que nosotros, y aun mejor que Salas, los retrató el que presentó en un cuadro á uno de nuestros paisanos empeñado en meter un clavo en la pared por la parte opuesta á la punta, dando en esta de cabezadas: verdadero simbolo de la tenacidad y porfia con que aquellos hombres insisten en su propósito, aprension ó capricho. *Tenacem propósi virum*, dijo Horacio hablando del justo.

He aquí presentados con la exactitud que nos ha sido posible los principales rasgos del carácter aragonés, pudiendo referirse todos ellos en nuestro concepto á uno solo, la altivez, ó sea, la íntima persuasion en que están, sea ó no justa, de lo que valen y pueden. Un aragonés creería degradarse si recurriese á la palabrería, al rodeo, ó al disimulo, y por eso es franco y hasta duro y desabrido. La flexibilidad de genio, y el acto de abandonar la determinacion una vez tomada, por arriesgada que sea, son considerados por él como una verdadera flojedad indigna del hombre: de aquí su fiereza de carácter y su obstinacion increíble. La mujer es un ser demasiado pequeño en su concepto: ¿como mirar en ella un objeto digno de su cólera? Por eso no la golpea. ¿Se trata de una empresa atrevida, desesperada y que parece irrealizable? Por eso mismo es digna de su audacia: lo fácil es pequeño, y él siempre se considera grande. ¿Tratan de mandarle con imperio? Hele al momento erguirse como la serpiente á quien el incauto pasajero acaba de pisar la cola. Es, pues, el orgullo casi siempre noble, el fondo principal de su carácter, la cualidad primitiva ú originaria de que parten y á la cual pueden referirse todas las demas. ¿Cuánta altivez no revela el *nos que valemos tanto como vos, y que juntos podemos mas que vos*?

¿Y no la revela también el desden con que los aragoneses miran generalmente á los habitantes de las demas provincias? Mucho deseáramos ver desaparecer esta cualidad; pero no sería difícil manifestar que su origen es noble. ¿Quién los ha igualado jamas por lo que respeta á su antiguo régimen político? ¿Dónde se han visto tan perfectamente en armonía el poder y la libertad? ¿Cuánto no adula su amor propio su original y asombrosa institucion del justicia mayor? ¿Que ciudad puede jactarse de tener un caballero en cada uno de sus habitantes, con la facultad de armar caballeros á otros, como por privilegio particular se verificó en Zaragoza? ¿Que provincia pre-

senta infanzones á casi todos sus hijos? ¿Que reino le sucede en glorias, ora sea en los presentes, ora en los pasados tiempos? ¿Que país de España cuenta dos tesoros comparables á la Virgen del Pilar de Zaragoza y á los Corporales de Daroca? ¿Como estrebar, pues, esa altivez y ese orgullo, siendo tantas, tan poderosas y tan justas las causas que lo han fomentado?

Aragon ha producido un sin número de analistas, con la particularidad de ser estos escritores los que mejor han manejado en España el género histórico. A este prurito de consignar sus hechos en crónicas, alude sin duda el autor de la décima citada, cuando dice:

y para formar su historia
jamás perdona falga.

Concluiré este artículo manifestando (aunque esto importará poco al lector) que ese pueblo á quien yo mismo acabo de atribuir las cualidades de una austeridad desabrida y de una noble fiereza, es sin embargo sensible á las mas dulces y delicadas emociones del corazón: yo he llorado con mis paisanos, y mis paisanos han llorado conmigo en una noche harto grata y satisfactoria para mí, y que nunca se barrará de mi memoria.

Madrid 27 de julio de 1839.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

CRÍTICA LITERARIA.

La Novela.

En tres diversas clases puede dividirse la composicion que desde los principios de la literatura, tuvo por objeto reproducir en un cuadro de invencion los diversos matices del humano carácter, y las vicisitudes de la vida social. La novela fantástica ó *maravillosa*; la novela de *costumbres*; y la *histórica* ó *tradicional*.

La novela fantástica que al renacimiento de las letras en la moderna Europa, pretendió cautivar la atencion del vulgo, realzando la condicion humana con formas maravillosas, creando á su antojo seres ideales y sobrehumanos, tuvo sin duda alguna por objeto principal, materializar las tradiciones de los pueblos, escitar su entusiasmo, alhagar sus preocupaciones, y apoderarse en fin de su ánimo por los mismos medios que el poeta héroe lo había conseguido en otros siglos.

Los idiomas modernos aun no acabados de formar oponian á las formas poéticas su rigidez natural; la religion cristiana con su severidad filosófica había substituido al olimpo de los griegos; los pueblos modernos acostumbrados á un estado de perpetua guerra tributaban al valor una adoracion entusiasta, y guiados por un espíritu caballeresco y galante doblaban únicamente la cerviz ante el sublime espiritualismo de la fé, ante las galas brillantes de la hermesura.

A falta de Homeros que con divino plectro pudieran ensalzar los combates de los pueblos, pudieran lamen-

tar los amores y desgracias de los héroes; las novelas caballerescas vinieron á llenar este vacío, y á ofrecer al pueblo bajo formas gigantescas aquellos objetos de admiración y de su entusiasmo, personificando en sus audaces caballeros el valor indomable que desprecia y acomete los peligros más insólitos, la religiosidad de la creencia que domina y dirige los atrevidos deseos del corsario, y aquella pura llama que el amor enciende en los pechos generosos; y viene á purificarlos del aliento emponzoñado del vicio.

La exageración, empero, de aquellas fábulas llegó á su colmo en manos de la osada mediana, y como de ordinario acontece, no tardó en ceder á su propio peso, convirtiéndose en ridículo aquello mismo que en su origen pudo mirarse como sublime. Las generaciones siguientes, más ilustradas y filosóficas, no se prestaron ya tan dócilmente á los estravios del ingenio; quisieron averiguar la razón, porque así se abusaba de su credulidad y buena fé; buscaron aunque en vano, en todas aquellas composiciones la verdad como medio, la moral y la filosofía como fin; hasta que impulsadas por un hombre superior en quien parecían haberse reunido todo el estudio, toda la filosofía de los siglos posteriores, reconocieron al fin su error, lanzaron de su imaginación aquel pertinaz ensueño, aquellas fantásticas visiones, aquellos misteriosos emblemas; vieron en su lugar el mundo positivo, con sus ridiculeces y sus vicios, su virtud y su flaqueza; y siguiendo maquinalmente el estandarte de la verdad desplegado ante sus ojos por aquel genio sublime, la Europa entera pronunció con veneración el nombre de Cervantes y recibió lecciones de cordura de la boca del más ingenioso loco.

Una vez desterrada de la literatura la novela maravillosa, convirtióse la atención de los autores hacia la pintura sencilla de los usos populares; de los caracteres comunes en la sociedad; y la novela de costumbres, con su ingeniosa trama, su verdad é intención filosófica, logró muy pronto clasificarse entre los ramos más importantes de las buenas letras, y uno de los que más favorecen al desarrollo del ingenio y al cultivo del idioma sin afectación y sin descuido.

A la irresistible simpatía que naturalmente excita un cuadro verdadero, una acción fácil y verosímil, personajes semejantes á los que existen en toda sociedad, escenas y diálogos llenos de animación y movimiento, ¿cómo habían de resistir en siglos más adelantados las narraciones extravagantes, los personajes mitológicos, los héroes y gigantes invulnerables, los mágicos palacios, y toda aquella bataola de duendes y fantasmas que campeaban en los libros heroicos, envueltos en la densa nube de las retóricas figuras y de un estilo hinchado y campanudo?

Sin embargo, la novela purificada ya de todos aquellos errores, y reducida á su verdadera condición de retratar á la sociedad tal cual es, no tardó en caer en nuevos extremos, que llegaron á hacerla perder en el concepto de los sabios, del alto puesto á que parecía destinada en el reino de las letras. Estos extremos fueron por un lado el estilo *picaresco*, y por otro el estilo *sentimental*. Los que tuvieron por conveniente seguir el primero de estos estilos, vieron precisados á escoger por lo regular para sus cuadros, argumentos tan viles, personajes tan groseros, que todas las sales del ingenio no fueran bastantes á borrar la repugnancia que tales actores y tales escenas debían producir en el ánimo del lector. Los que, por el contrario, se propusieron reducir la novela al estrecho límite de una fábula del amor, y describir el sentimentalismo de una pasión exagerada luchando contra la adversidad, ó corriendo frenética hacia una

perfección inabordable, hubieron de fingir para sí una sociedad tan ideal, de escoger caracteres tan falsos, y adoptar un lenguaje tan exótico y plañidero, que más parecería increíble hoy, á no haberlo todavía alcanzado á ver, que tan soporíferas composiciones fuesen un tiempo autorizadas por la moda, y leídas con entusiasmos.

La novela de costumbres contemporáneas, bastardeada ya de esta manera, y desacreditada en la república de las letras, por culpa de los autores malignos ó sentimentales, hubo de ceder el cetro á la novela histórica, que la brillante pluma de sir Walter Scott trajo atrevidamente en nuestros días, abriendo ancho campo en donde los ingenios aventajados pudieran alcanzar nuevos laureles. Mas desgraciadamente para los que le siguieron, el descubridor de tan peregrina senda siguió por ella con paso tan denodado, que consiguió siempre dejar muy atrás á los que pugnaban por imitarle. Y estos pretendiendo suplir con la exageración lo que les faltaba de ingenio, convirtieron muy luego en ridiculas caricaturas, modelos por cierto más dignos de respeto; ¡suerte lamentable de los grandes ingenios, de verse seguidos por infinita turba de serviles imitadores, los cuales abultando los defectos, y no acertando á reproducir las bellezas naturales de su modelo, llegaron á hacer insuportable hasta el género mismo de composición que aquel supo inventar ó ennoblecere!

Hemos observado á la novela fantástica ceder al peso de su propia exageración; y vimos á la novela de costumbres reducida al estrecho límite de una fábula de amor, ó prostituida hasta el inmundado lodazal de las caricaturas y zahurdas. Vemos, por último, á la novela histórica de Walter Scott, ridiculamente ataviada por sus imitadores con un falso colorido, desfigurando la historia con mentidas tradiciones; prohibiendo la afectada exageración de los libros caballerescos, y prestando á los personajes históricos que pretende describir, los atrevidos rasgos con que aquella pudo realzar á sus héroes fabulosos; remediando á veces su estilo pomposo y recargado, y otras complaciéndose en dejar atrás la natural grosería de la plebe en cuadros repugnantes por su absoluta desnudez.

La combinación, sin embargo de estas dos clases de novela, (siempre que aquella se haga con el debido ingenio y filosofía) es la que promete á mi entender á este género de composición una verdadera importancia, y una gloria duradera. La novela, pues, para ser lo que la literatura quiere hoy que sea, ha de describir costumbres, ha de desenvolver pasiones, ha de pintar caracteres; si á estas condiciones generales añade la circunstancia de que las costumbres, los caracteres, las pasiones que describa, se enlacen naturalmente con los nombres históricos, vengan á formar el cuadro general de una época marcada en la historia de cada país, la novela entonces adquiere un valor sumo y reúne las más ventajosas condiciones del teatro, de la cátedra, y de la historia.

Excusado es decir cuánta observación, cuanto talento, cuánta buena fé se hacen necesarios para manejar debidamente un género, que por su verdad, su gracia y ligereza, viene á ser la lectura más popular en todos los países, el reflejo inmediato de toda sociedad. Excusado es encarecer los funestos resultados que del abuso de tan formidables armas pueden seguirse á la instrucción y la moralidad del pueblo. ¡Demasiado lo vemos! harto lo lamentamos; y en especial si volviendo la vista á una nación vecina, hallamos desgraciadamente á un crecido número de ingenios, (por cierto nada vulgares), sirviéndose de esta terrible palanca para derribar las opiniones recibidas hasta aquí como dogmas de moral, indi-pensa-

blas á toda sociedad bien ordenada; pugnando por inspirar á la especie humana menosprecio de sí misma, incredulidad de lo pasado y desprecio é incredulidad hacia el porvenir; complaciéndose en exagerar el poderío del crimen, y hacer resaltar en contraste la flaqueza de la virtud; aspirando en fin á sublevar al hombre contra el hombre, á la sociedad contra las leyes, á las leyes contra la creencia religiosa.

Fuerza es repetirla; á tan criminal empeño, á tan formidable resultado conspira hoy la novela en las emponzoñadas plumas de los Hugas, y Dumas, Balzac, Sand, y Soule; admiramos su peregrino ingenio y las galas abundantes de su estilo; pero si estimamos en algo las costumbres austeras de nuestra patria, si participamos y respetamos de su creencia religiosa, si nos sentimos animados de un noble entusiasmo al poder expresar nuestras ideas en el armonioso language de CERVANTES, no pretendamos imitar tan inmorales estravagos; describamos nuestra sociedad, por fortuna no tan estragada y petulante; estudiemos nuestros propios modelos; vengamos el carácter nacional y las costumbres patrias, ridiculamente desfiguradas por los autores extranjeros, y demos á la Europa moderna que en este género de composición, así como en otros, la nación que vió nacer al Quixote, y para la que me prometo con fundamento reclamar algún día la gloria del *Gr. Blas*, no renuncia tan fácilmente á aquellos magníficos recuerdos, y pretende conservar en las producciones de la literatura aquel sello de originalidad, de filosofía y de ingenio, que un día las mas aventajadas plumas extranjeras se esforzaron á imitar.

R. DE M. R.

SOCIEDAD

PARA PROPAGAR Y MEJORAR LA EDUCACION DEL PUEBLO.

JUNTA GENERAL DE 1839.

Segun anunciamos á nuestros lectores, el Domingo último se verificó la gran junta anual de esta filántropica asociación, á que á pesar del calor, concurrió una parte muy distinguida de ella.

Abierta la sesion por el señor presidente duque de Gor, y aprobada el acta de la junta general del año pasado, se leyó por el señor secretario don Mateo Seoane la memoria demostrativa de los trabajos de la sociedad y su resultado en el presente año, de que hicimos extracto en el Semanario del domingo anterior; y habiendo quedado muy satisfecha la junta general de su contenido acordó su impresión, para cuyos gastos se abrió una suscripción en el acta (1).

El señor presidente leyó un discurso sobre el objeto de esta asociación y los incalculables beneficios que debe producir á la patria, y en su conclusion hacia las dos proposiciones de que se diere gracias á S. M. por haberse dignado intervenir en su proteccion, y al señor socio Montesinos (don Pablo) por el escelente trabajo que se ha tomado en la instruccion de los maestros para las escuelas, y en la traducción del manual que ha de imprimirse, proponiendo que á la segunda escuela se le diese la denominacion de *escuela de Montesinos*, así como á la primera, ó de la calle de Atocha, se había dado por la junta directiva el nombre de *escuela de Virio*, en consideracion al mérito conatado por aquel celoso español en el donativo que hizo con este objeto, y de que ya se habló en el artículo anterior.

La junta lo acordó así, y tambien las gracias á la directiva por el buen desempeño de su encargo en el año transcurrido; aprobando en seguida el proyecto de estatutos formados por esta, que

Ademas de la memoria se imprimió juntamente con ella el acta de esta junta, el discurso del señor presidente, los estatutos de la sociedad, y la lista de los socios; y sobeana que la suscripción abierta para este objeto, y fijada en 300 rs., asciende ya á 796 reales, ó sean 97 suscripciones.

leyó el señor secretario, y procediendo en seguida á la renovacion de la tercera parte de dicha junta directiva, con arreglo á los estatutos, resultaron los señores don Antonio Sordalio Arias, don Gerónimo del Campo, y señor cura de san Gines, (reelegidos) don Diego Fernando Muntañés, don Juan Antonio Seoane, señor cura de san Ildefonso, marqués de Calces, y don Benito del Collado y Adarni; y para contador el señor don Juan Acebedo, y el señor don José Escario para vice-secretario.

De este modo ha terminado esta filántropica asociación el primer año de la generosa tarea que voluntariamente se impuso. Obra esclusiva del celo y desprendimiento de sus individuos, sin intervencion ni auxilio del supremo gobierno, sin gravar en lo mas mínimo los fondos del estado, ha realizado en breves dias y hecho palpable en nuestro suelo una institucion que bajo los diversos nombres de *salas de asilo*, *escuelas de infancia*, *escuelas guardianas* y otros, ha dado tan asombrosos resultados en Francia, Inglaterra Alemania, Bélgica y Holanda, y que puede mirarse como la base necesaria de una completa reforma en la educacion y en las costumbres públicas.

Vencidas en el primer año las mayores dificultades que se oponian á su realizacion, conocida ya el apoyo que las clases ilustradas y pudientes quieren prestar á una obra tan benéfica, así como tambien el entusiasmo con que es recibida por los infelices á cuyo bien va dirigida, facilitados los medios de propagar este género de enseñanza por el conocimiento de los métodos que se ha procurado dar á los nuestros de las primeras escuelas, y establecidas ya en fin cuatro de estas con la capacidad suficiente para contener *cuatrocientos ochenta niños* de dos á siete años, se hace hoy mas fácil la tarea de la sociedad en el año segundo de su existencia; y bien puede de antemano pronosticarse que durante él, no solo veremos sostenidas y florentadas las cuatro escuelas ya existentes, sino tambien establecidas otras tantas en otros sitios de la capital que no lo reclaman menos por lo numeroso de su poblacion, y la indigencia que allí abunda. Tales son por ejemplo los cuarteles de Maravillas, el Barquillo, y san Francisco, donde no puede darse un paso sin tropezar con una infinidad de criaturas que por su abandono y miseria están expuestas á ser otros tantos criminales, si la mano piadosa de la beneficencia no los aparta con tiempo del precipicio.

Por último, es de creer tambien, que por consecuencia de la solemne exposicion de los trabajos de esta sociedad, de que ha tomado conocimiento el público Madrileño, no quedará en el una sola persona de algun celo é ilustracion que no se apresure á tomar parte en aquella, con el mínimo sacrificio de una accion de *veinte reales anuales*; contribuyendo de este modo á elevar un monumento que honrará en todos tiempos el civismo de los habitantes de Madrid. Y tampoco faltará alguno que mas afortunado ó mas generoso, pueda desprenderse en favor de esta obra benéfica de alguna cantidad mayor por via de donativo, memoria ó legado testamentario, pues no hay que olvidar que á estos nobles impulsos del corazon humano se ha debido muchas veces (y en nuestro Madrid hay varios ejemplos) la realizacion de mil proyectos grandes y generosos.

EL BOLERO.

Por qué no venis, musuelas
á míz amañez clamorez?
¡ven! y aquí entre las flores
repicá las castañuelas
y hasé con loz piez primores.

¡Gloria del mundo!... ¡zalero
de la gente maz bisarra!
¡veni! que cantando espero
pá que bailés el bolero
al compaz de mi guitarra.—

¡Dioz oz bendiga, miz ojos!
¡á Dioz Curra! bien maneja
ese garbo. ¡Fuera viejaz!
¡Niáaz! dejar loz antojos
al escojer laz parejaz.

Porque de fiesta ez el día
como lo fue tós loz añoz,
y debemos á porfia
en ves de tené regañoz
tené bailando alegría.—

¡Y viva! ¡viva el zalero!
que no haya por Dioz quimera
que ez tá aquí Pepe Romero.
¡Vaya! ponése en primera
porque ze empieza el bolero.—



A la luz de unoz ojos
que me iluminan,
miz amantez quereyaz
triztez camianan;
y por coztumbre,
se vuelven donde miran
su viva lumbre.

—¡Bien cantao zandunguero!...—
—Mejor tú, Curra, mi luz,
al mirarte, el mundo entero
envidia al zuelo audalaz
cuando bailaz tu el bolero.—

—¡Zigue!—
—Pepe, otra copliya!—
—Zi zeñó, ¿puez por qué no?
Zi la jente de Zeviya
es la octava maraviya...
¡Cuidado con decir no!

Cuando escuchas miz coplaz
al ser de día
se dizipan laz zombraz
del alma mia;
mas si me dejaz
vuelve á serrar la noche
de miz sozpechaz.

—¡Uy... Curra! con eza vuelta
no he vizto ná... ¡Jesucristo!...—
—¿Qué haz vizto?—

—Ya estaz absuelta—
No tengaz la lengua zuelta—

—¡Zi te digo que ná he vizto!...—
—Zigue, mi Pepe, cantando—
—Pues zi por ello me muero.
Por verte Cutra trensando
me estuviera yo cantando
hasta la muerte el bolero.—

Cuando pazo y te miro;
en la ventana,
me parece que azoma
ya la mañana.
Me aserco y luego
á la luz de tuz ojos
me quedo siego.



—¿Ezaz coplaz donde van?—
—¿Y qué ze le importa á ozté?—
—¡Me importa!—

—Pero... ¿y por qué?—
Por que zi—
—Dichaz estan,
Y donde van no diré—

—Pues á desirme muy presto
dónde van ezoz cantarez...
que ya se me amozca el gesto—
—Pues mire ozté, que echo el resto
Y ze revuelven loz marez.

—¿Ozté un tal!—
—¿Y uzte un cual!—
—Pues tireze uzte aquí afuera—
—¡Perico!!—
—¡Déjame!—
—¡Espera!—

—¡Romero!!—
—¡Apartáze! mal
le vá á salir la quimera.—

—¿Lo dice Usté?—
—No zeñor—
—Puez muere infeliz...—
—No quiero

—¿Por qué no?—
—Porque ez mejor
dejar ese torsedor
para despues del bolero.—

—¿Para despues? Pues á cuenta
tome usté, zeñor gallina—
—Periquillo, ¿á mi eza afrenta?
¡Si el alma ze me calienta!
me huelez á chamuzquina—

—¿Quien, yó?—Mire que le surro—
Toma esa punta, guilache—
—¡Ay!—¿Cayó?—Si—Alzad al Carro
y á Dioz chicaz, que me ezcurro
hácia San Juan de Alfarahe.

T. R. R.